Año 1949
15 marzo

Diario de Burgos

(51)

EL CUARTELILLO DE PONTEJOS

Por Joaquín CALVO SOTELO

Se trata, al parecer, de derribar el Cuartelillo de Pontejos y de conseguir, sobre su emplazamiento de hoy, una mayor holgura en beneficio del automovilista madrileño. Si los propósitos del Municipio se realizan, confieso que lo veré desaparecer con alegría.

El Cuartelillo de Pontejos jugó, en las horas inmediatamente anteriores a la trágica madrugada del 13 de Julio, un papel terrible. De todos es sabido cómo, en su siniestro reducto, se tomaron las medidas necesarias para que, órdenes fraguadas en otros centros de mayor alcurnia, se ejecutaran con presteza, y cómo, de su umbral, salió, con completa dotación de viles asesinos a bordo, la camioneta número 17 de las Fuerzas de Asalto que yo vería pasar, poco más tarde, ignorante de su tremendo destino, Alcalá arriba, desde la placidez veraniega de una terraza de café.

Pero lo curioso es que, no sólo por esa circunstancia, el Cuartelillo de Pontejos ocupa un lugar en mi Agenda de recuerdos, sino porque, frente por frente de él, cuando era todavía Central de Correos, mi familia vivió --y yo con ella-- la primera noche de su arribo a Madrid, en la Fonda del Correo que ocupa el entresuelo, en chaflán con la calle de ese nombre y la Plaza misma de Pontejos. Había en la plaza unos camiones que, a mis ojos infantiles, le parecieron gigantescos, violentamente pintados de rojo, destinados al transporte de la correspondencia, y un ir y venir, ininterrumpido, de carteros con su uniforme rayadillo y su blanca gorra de plato. Era el verano de 1913, el último en paz que conoció Europa antes de la invención de los visados y aún casi de los pasaportes, antes, desde luego, de la creación de los Institutos de Moneda. Yo espiaba, deslumbrado, las más triviales palpitaciones de la vida de la capital y la cotejaba con la idea de que ella me había formado, niño de provincia, en el Lugo lejano y en Zaragoza. Mis hermanos mayores ya sabían a qué atenerse sobre Madrid y sus sirtes. No lo pisaron nunca hasta entonces, pero conocían sobradamente sus calles más populares y me las señalaban al paso por ellas, desde las ventanillas, temblorosas de cristales, del amarillo ómnibus de caballos, sobre cuya bandeja bailoteaban, pesada y amenazadoramente, nuestros baules, para inquietud de mis deudos. "Esta es la Plaza de Neptuno, ésta es la Carrera de San Jerónimo..." (Aquél era un Madrid sin direcciones prohibidas, de anárquica circulación). "Esta es la Puerta del Sol..."

¡Oh!, que íntimo frenesí el de la llegada a aquella ciudad nueva por la que el pulso nacional corría, si no febrilmente, sí a un ritmo acusado y fuerte... ¡Qué asombro ante el concierto de luces y de vehículos...!

Los grandes capitonés de Pereantón y de Fluiters, los charabanes, cargados hasta los topes, de vuelta de los bodorrios de la Bombilla...) Y qué deslumbramiento infantil ante el primer húsar y el primer Rolls y la primera bola de las doce, descolgándose ágilmente, del templete de Gobernación...

Pero todo sería descubierto los días sucesivos, de la paterna mano uncido, cicerone entrañable, al Norte y Sur y al Este y Oeste de la gran urbe. Aquel, inicial, combado en la barandilla de la chata ventana de la Fonda del Correo, fué sólo el rincón de Pontejos lo que vi. Aun siento en mi hombro el brazo protector de mi hermano José esbozándome, rudimentariamente, con la Plaza frontera, como punto de partida, la topografía madrileña. Sus informes dedicarían un comentario --seguro estoy-- a la puerta principal de Correos que abría sus fauces frente a nosotros, ya exigua entonces para el intenso servicio de la capital que aprestaba el emplazamiento de la Cibeles al nuevo Palacio de Comunicaciones. Pero él no sabía --ni nadie, sólo en la mente del Señor estaba presente-- que justo veintitrés años después, de aquella misma puerta, saldrían, encendidos de odio y de blasfemias, sus propios matadores y que allí, en el mismo lugar donde aguardaban su heterogénea carga epistolar de órdenes y suspiros los ventrudos coches del servicio, esperaría su siniestro equipaje una camioneta cuya puesta en marcha dispararían los altos magistrados de la pestilencial república, y que esa camioneta sería su móvil tumba, Velázquez abajo, aun caliente y profunda la noche de Julio, otra noche de Julio como aquélla en que llegaba de Zaragoza, el corazón ambicioso y el ánimo alegre y apercibido para la gran batalla de la vida.

Sí, sí: que desaparezca, el Cuartelillo de Pontejos. Me parece acertadísimo. Así se logrará clarificar, urbanamente, una zona sobrecargada y de edificación tan densa. Así, del mismo modo, se destruirá un escenario nauseabundo, cuya evocación ha de teñir para siempre nuestras mejillas de sonrojo y de ira.

Exclusivo para DIARIO DE BURGOS
Prohibida la reproducción